MI BARRIO

Manuel Tejedor Rábano

MI BARRIO

Manuel Tejedor Rábano

Avant editorial

Primera edición, agosto de 2023
© Manuel Tejedor Rábano, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN978-84-19763-93-8
IBIC: FA

DEPÓSITO LEGAL: M-27351-2023

A la memoria de: Bernardo Tejedor García. Mi padre.
Miguel Ángel Sarabia Gil. Mi maestro.

1. El derribo de las casas

Era domingo y me despertó un ruido ensordecedor de cascotes. Mi madre dijo:

—¡Están tirando la casa de la señora Adela!

Apenas había amanecido y una densa neblina de humo y motas de polvo brillaba ya con los primeros rayos de sol en el ambiente. Entonces recordé que hacía unos días, con el crepúsculo, unos policías armados a caballo, con su gorra de plato —como los soldados gubernamentales en las películas de Pancho Villa—, habían corrido a un hombre que tenía el torso desnudo y estaba ensangrentado. Yo bajé al Pradolongo, crucé el Regato del Moñigal y ascendí la pendiente hacia la planicie de la Tejera. Justo en el borde en que acababa la ascensión estaban derribando una casa a medio construir, con gente que parecían presos. Usaban mazas de hierro, mazos de madera, picos y arietes a modo de los asaltantes medievales de castillos. Rodeado el hombre fugitivo por los caballos, se había dirigido hacia un bidón metálico enorme con agua para la obra, se lavaba la suciedad y

los cuajarones de sangre. La gente comentaba en coros apenas de más de dos o tres personas:

—¡Claro… es que quiso adelantar demasiado y se notaba!

—¡No tenía que haber trabajado de día y a la vista de todos!

Otros añadían:

—¡Y encorajinado que está el hombre!

—¡No debía de haber trabajado en domingo!

—¡Si hasta el cura lo avisa!

Luego continuaban hablando sobre los disparos de salvas o postas que le habían efectuado y alcanzado, que tendría que empezar de nuevo, y se marcharon todos silenciosamente a casa.

A mí, de niño, aquello me parecía normal, estábamos en España y eran los años cincuenta. Solo lo de la sangre en el pecho de aquel hombre me repelía y no llegaba a entenderlo.

La señora Adela, nuestra vecina, lloraba. Se refugiaba en los brazos del marido, que la consolaba:

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Me cago en toos sus muertos! ¡Me pasa por querer techar a dos aguas… me he retrasado y no he podido terminar de noche sin que me viesen!

La señora Adela asentía y, balbuceando, le recriminaba:

—¡Te dije que en una cabrona noche tejábamos a un agua…! ¡Ya era demasiado correr… y a la mañana siguiente nadie más lo notaría!

En mi media casa empezó a notarse el miedo. Se pegaba al paladar y era contagioso, además de amargo como polvo, que ya se nos metía por las fosas nasales. Yo miraba los escombros y no entendía cómo una casa que debía durar toda una vida estaba allí esparcida y tan derruida.

Esa noche no trabajamos en la construcción de nuestro hogar y los vecinos de alrededor tampoco lo hicieron. Nosotros

no habíamos techado. En lo que se suponía debía ser una calle, apenas había hechas completamente dos casas. Nuestra casa debería ser la tercera. Era la más adelantada de las que se estaban construyendo y éramos conscientes de que llamaba demasiado la atención.

Mi madre, con las manos arañadas de coger ladrillos y quemadas de batir la pasta de cemento y arena, me acarició el pelo. Noté sus arañazos y sus quemaduras más que su piel de lija.

—¡Mamá, le han tirado la casa a la señora Adela! ¿Por qué?

—No pudo terminar de techarla en una noche. Y cuando vino la ronda diaria de los guardias, se dieron cuenta que seguían trabajando en ella.

—O sea, que si no te ven trabajar o no dejas a medias una obra, ¿no te tiran la casa?

—No es seguro; pero, si ellos no ven trabajar, suelen dejarle la casa a uno tal como está y no te la tiran, a no ser que alguien te denuncie.

—Entonces, ¿nosotros tenemos que hacer la casa siempre de noche… y una cierta noche hacemos una pared… otra, una ventana… otra, un tabique… y otra tendremos que techar?

—Así es… y ahora acuéstate junto a tu hermana. Esta noche no trabajaremos, es demasiado peligroso.

2. Los guardias a caballo

Yo entonces tenía cuatro o cinco años y no recordaba ya que habíamos venido de Carabanchel, donde habitábamos unas habitaciones de alquiler con derecho a evacuatorio comunal en el pasillo. Ese terreno era nuestro y la casa —si nos dejaban construirla— sería nuestra.

Vino el carro, tirado por los mulos, y descargaron los ladrillos. Mi madre casi quería poner las manos para que se rompiesen los menos posibles. El carretero —vecino que construía su casa enfrente de nosotros y que luego formaría con otras casas sueltas la calle de enfrente— le advirtió:

—¡Señora, quítese o le aplastan!

Mi madre no estaba conforme con el envío. Cuando llegó mi padre, le dijo:

—¡Me parece que nos han engañado, faltan ladrillos! Es una intuición, aunque yo no haya visto un montón igual a los que hemos comprado para saber lo que abultan. ¡Aquí faltan ladrillos!

Mi padre y mi madre estuvieron toda la noche pasando ladrillos de un montón a otro, que hicieron apilándolos en filas y

columnas. Mi madre me acostaba y yo invariablemente, una y otra vez, me levantaba para ayudarles. Mi padre logró calcular largo por ancho por alto, el número de ladrillos del envío:

—¡Sí que nos faltan… y muchos! ¡Tenías razón!

A la mañana siguiente, mi padre, somnoliento, tuvo que ir al trabajo, yo dormí toda la mañana, y mi madre fue a hablar con el carretero. No estaba. Su mujer le dijo que se lo comentaría cuando volviese. Al día siguiente vino con el carro, cargado justo con los ladrillos que faltaban. Quizás así estuviese construyendo su casa: los ladrillos sisados constituirían su despensa, con los de uno haría la fachada, con los de otro techaría. Aguardaría a tener los necesarios para, en una noche, terminar cualquier parte de la obra que iniciase. Esa sería, en adelante, la «Casa de los ladrillos regalados» para nosotros.

Cuando vino mi padre de su trabajo de oficinista y vio el suelo que había mandado hacer al albañil «oficial» del barrio, no pudo menos que asentir a lo que mi madre le había adelantado con su comentario:

—¡Creo que nos lo ha hecho mal… el piso está lleno de escalones! Tropezaremos y nos caeremos… le he dicho que lo veía mal y… ¡me ha contestado que con el tiempo asentaría!

Mi padre pensaba que el suelo era lo único que él, que no era del gremio de albañilería, no podría hacer. Ya se arriesgaba a colocar las vigas, hasta hacer un desván con escalera de piedra, ocupando toda la superficie del techo y techar con tejas a dos aguas. Estaba dejando la casa preparada para algún día levantar un segundo piso, con fuertes vigas y cimientos poderosos y profundos, pero lo de poner baldosines al suelo —siempre había oído que era un trabajo delicado y debía hacerlo un profesional— decidió encargárselo a otro.

Ante el comentario de mi madre de que aquello no asentaría para bien, sino para mal y aun para peor cuando secase, mi padre, después de asentir con la cabeza, se quedó pensativo. Era tanto el desnivel que en algunos sitios se aproximaba al dedo. Mi madre inquirió que al día siguiente llamaría al albañil, para que lo desmontase e hiciese bien o nos devolviese el dinero. Mi padre, callado ya, antes de que empezasen a soldar las baldosas empezó a quitarlas una a una, limpiarlas de cemento y apilarlas. Luego murmuró:

—¡Lo haré yo!

Cuando la casa estuvo techada y solo faltaba enfoscarla y tabicarla, vinieron los guardias a caballo. Siempre, cada día habían pasado de largo, pero una vez se detuvieron, miraron, comentaron algo entre ellos y desmontaron. Mi madre creyó ya ver su cada derribada como la de la señora Adela. Mi padre se acercó a ellos que, mirándole fijamente, le preguntaron: —¿Qué… ya han terminado las casa? ¡Vemos que le falta la bandera!

Mi padre dudó un momento y recordó que, si después de terminar la guerra, le tocó hacer la «mili» y allí un oficial se le acercó en el tiro, diciéndole: «¿Qué… tirándonos algunos tiros no hace mucho tiempo… eh?», ya que, sin esperar instrucciones, había disparado y acertado en numerosos blancos. Y mi padre le contestó: «¡Sí, señor… algunos les he tirado!». Entonces no iba a ser menos y respondió a los guardias:

—Aún no he terminado mi casa, como pueden ustedes ver falta enfoscarla y tabicarla… ¡y la bandera que yo colocaría en lo alto no es la que se coloca ahora en las casas que acaban de techarse!

Mi madre, furiosa, no daba crédito a lo que estaba escuchando de los labios de mi padre y se lo comía con los ojos. Ella se

estaba tragando estas palabras: «¡Solo con decir que sí, que ya estaba terminada y que no se comprometía a hacer más estábamos salvados! ¡Pero él tenía que hablar y decirles que seguiría en su empeño hasta el final!».

Sorprendidos por la respuesta de mi padre, los guardias se miraron. Uno se acercó al otro y cuchichearon, luego el mismo guardia se acercó a mi padre y le dijo:

—¡Mire… nosotros tenemos que cumplir con lo que se nos manda! Por eso, no vuelva usted a decirnos que esta casa no está terminada… ¿entendido? Cuando con nuestros propios ojos estamos viendo que ¡ya está totalmente terminada!

Se fueron para no pararse ya nunca más ante nuestra casa.

Mi madre le comentó a mi padre:

—¡Les ha gustado!

3. La prostituta y el jorobado

El señor Inocencio era una bella persona. Había construido una casa comunal y en el patio interior alquilaba viviendas a gente muy poco pudiente. Tenía un carro con un enorme tonel de madera, tirado por un caballo. Traía el agua de la fuente lejana todos los días que sus múltiples trabajos esporádicos se lo permitían: albañil, tratante de ganado, transportista, etc. Cobraba algunos céntimos por los cubos, las cazuelas, ollas, marmitas, cacerolas y hasta zafios cazos y bidones, que llenaba con una manguera de goma que se inyectaba en el tonel con una llave de paso. Se cogía agua para beber, para construir, para guisar, para lavarse… Todos en fila india con sus recipientes, los metálicos restañados hasta la saciedad por los lañadores y estañadores quinquis, que de vez en cuando, y sin saber de dónde venían, voceaban sus útiles servicios. Algunas veces las vecinas llevaban apresuradamente sus cacharros a casa antes que por dos o tres piteras los chorritos al suelo derramasen el agua que iba a ser el caldo de la cena.

Verdaderamente, cuando no se tiene, ver derramar agua cristalina es de las cosas que causan más grima. Si alguna vez alguien no tenía bastante dinero o nada para comprar el agua, empezaba diciéndole al señor Inocencio: «Es que necesito el dinero para…». Y enseguida este añadía con aire comprensivo: «¡Pues, dámelo cuando puedas!». Luego nunca recordaba a nadie lo que le debía y la verdad es que algunos vecinos se aprovechaban de su buena voluntad para no pagarle, aunque ya pudiesen. En mi casa, mis padres comentaban estos hechos y desesperaban del egoísmo de algunos, añadiendo que debíamos pagarle al señor Inocencio por aquellos que no lo hacían. Aquel servicio, aun en los días de lluvia y barro, era heroico y alguien se lo debía reconocer.

Me enteré después que en sus casas de alquiler sucedía lo mismo. Algunos de los inquilinos le debían meses y hasta años sin pagar y otros le pagaban simbólicamente. El señor Inocencio era bajito, regordete, fuerte, enérgico y, al mismo tiempo, siempre afable y comprensivo, de unos cincuenta y tantos años cuando le conocimos. Había sido sargento en el ejército republicano.

Tenía una hermana mujerona a la antigua usanza, o sea, encarada, pechugona, maciza y en los cuarenta y tantos. Había sido prostituta y entonces se resistía a ser una vieja gloria, iba siempre teñida de rubio y pintarrajeada, mal encarada solo con los hipócritas y graciosa y bromista con los demás. Mal hablada, no paraba de parlotear a gritos y alguna vez de insultar. No tenía vida privada, lo publicaba todo, hacía lo mismo con un cliente vecino que con quien lo dejaba de hacer, porque no la deseaban o no querían comprometerse con ella.

Había estado liada con un viejo de posibles —en esa época significaba tener para comer y dar de comer a alguien más,

también de poder vestirla y regalarle algún bolso y colonia barata o perfume afrancesado aquí en España—, la mujerona lo fue dejando poco a poco. Por viejo e inservible o bien porque se ganó a pulso un nuevo amancebamiento con un mozo de mediana edad, bien parecido, con aire serio de estar siempre cabreado, moreno, manco y con la cicatriz de un sable ruso en la frente y mejilla, que regentaba un bar propio que solo él servía, conocido como el «¡bar del Jorobado!», porque así se le llamaba aun en su presencia y a él en absoluto parecía molestarle. Había venido deteriorado de la División Azul y nadie lo había conocido antes, por lo que no se sabía si su amargura era de nacimiento o por lo de Rusia.

Cuando se les veía juntos, saltaban chispas en el bar, por sus miradas, sus celos, sus palabras escondidas y encendidas, flotando sin posarse en el ambiente rojo amarillento, casi anaranjado, del salón. Ella siempre hablaba y él casi siempre callaba o respondía, eran la pareja ideal. Si no se aguantaban de esperarse, «el Jorobado» cerraba de sopetón el bar, echando sin excusas a los parroquianos que, entendiendo lo que pasaba, no le reprochaban nada. Entonces apuraban el culín del vaso de vino en una urgencia todos al unísono o se llevaban a la calle la bandeja de las aceitunas rellenas de anchoas. Acto seguido, la mujerona y el Jorobado se iban al pajar, donde el señor Inocencio tenía sus caballerías y allí, apartándolas un poco, se tumbaban ambos a refocilar.

Yo creo que de ahí vino la fama que tenía ella de «hacerlo» con el burro entre la chiquillería del barrio. Algún chico los había oído folgar por sus estruendosos gemidos, con palabras calientes y quejidos aún más ardientes, pensando que estaba a solas con

el burro, que era el macho que coceaba y rebuznaba, ya que el legionario por temperamento callaba.

4. Pícnic

Tenía yo siete u ocho años cuando hubo un hecho importante en el barrio, fue un sábado por la tarde. Ángel, vecino de la parte de la calle de enfrente que daba a mi casa, como la del señor Inocencio, se había ahogado en las aguas fétidas de la vaquería, que estaban cerca del paso a nivel de las vías del tren.

Yo sabía que la muerte era desaparecer de repente, como enfadarse para toda la vida y no querer verte ni «ajuntarse», no me dio nunca por pensar en los aspectos religiosos y menos en la resurrección. Para mí, la muerte era el acabose, el no ver nunca más a los seres queridos, ni las cosas imprescindibles o bellas que me hacían feliz. Era pena, dolor y miedo. Todo vino de cuando un camión de un vecino de la calle de enfrente, al recular con el volquete alzado y abierto para descargar arena, aplastó literalmente a un niñito de dos o tres años, que jugaba en un montón traído anteriormente. Yo vi la sábana blanca cubrirse de sangre al ser echada sobre su sien. Supe entonces que Dios no existía como me habían dicho, que tenía cachazas, que era injusto, que no se podía contar con la ayuda de sus ángeles custodios, que

el mundo era arriesgado de vivir y que amar era también tener miedo. Me pregunté por días: «¿Y los que no pueden valerse por sí mismos?».

De pronto, la vida —que era el todo casi sin tiempo, por tanto, feliz— podía convertirse en la nada. «¿Cómo pasar por alta tanta pena?».

Yo no actuaría como Él, de haber podido lo habría evitado todo, hasta la locura de la madre, que esa sí permaneció en el tiempo en que no había espacio para su hijito. Comprendí a los ateos y a los agnósticos. Me cambió en un instante el mundo, de cuento mágico de límites indefinidos en la felicidad a un lugar donde algo o alguien podía aterrorizarnos cuando quisiese.

Lento martirio el de la madre, que, con los años, viniendo de la compra desde el otro barrio pegado al nuestro, se juntaba con mi madre para decirle:

—¡Mi hijito se fue a jugar con la arena y aún no ha regresado! ¡Cierto que cuando le veo —al camionero— me vuelve todo otra vez con la fuerza de lo nuevo que debe pasar otra vez por mí!

El camionero, joven y recién casado, antes el más alegre joven del barrio, se convirtió en un ser taciturno, huraño, esquivo y melancólico. Aún años después lloraba. Yo vi a corta edad el triunfo de la muerte.

Ángel era mi amigo de la otra calle, como Jano (el hijo del señor Inocencio). Ángel era moreno y serio, Jano, rubio; pero ¡qué parecidos en la bondad! Yo a Ángel le ganaba a los cromos y a las carpetas (cajas de cerillas abiertas con motivos coleccionables), jugando a «la china». Siempre me pagaba, aun si me debía o estaba enfadado conmigo. No era violento, alimentaba pájaros y jaulas con grillos, leía tebeos y, como siempre estaba escupiendo,

entre todos los chicos del barrio tenía fama de hacerse «pajas», que propiciaban su asco. Siempre estaba cantando, si no escupía. Te daba la sensación de poder confiar en él por la nobleza de sus sentimientos. La impresión tardía que saqué fue que este mundo no hubiese sido apropiado para él de seguir viviendo y que, quizás, para poder seguir hubiese tenido que malearse. Solo tenía una hermana más pequeña, rubita, a la que sacaba a cuidar algunas veces que jugaba con nosotros, por mandato de su madre. Después de tanto dolor y tantos años de su muerte, aún tendría mi edad y sería tan joven.

Mi madre criticó a la suya que le olvidase pronto, pero ¿quién está en el corazón de los demás? Algunos meses antes, yo había tenido contacto con la presencia de la muerte, de manera más abstracta, pero aún más devastadora. En casa de la señora Piedad, dos o tres más allá de la nuestra en la misma hilera, vino a pasar unos días en familia de su mismo pueblo una señora con su marido y su hijo de tres o cuatro años, familiares quizás en segundo grado.

Ante la situación de irse de regreso al pueblo, una vez conocida la capital, se quedó el niño unos días más, ya que al hacer amistad con los hijos y amigos de los hijos de la señora Piedad, le costaba trabajo marcharse al pueblo. En el primer domingo siguiente, salieron todos en familia al campo de pícnic y allí le dieron de comer al niño de una lata de sardinas. Cuando regresaron, el niño enfermó gravemente, vomitaba, le dolía la tripa y la cabeza. Mi padre, alertado, aconsejó a la señora Piedad que le llevasen a un hospital.

Pero, en la duda de si se le pasaría por sí solo o no, y no tener que pagar una factura médica importante y de transporte, se personó la señora Rosalía, que vivía en nuestra misma calle y